



Dejar que las cosas pesadas floten... para que las palabras se precipiten armónicamente
Santiago Morilla, julio de 2025

¿Es tecnología un pincel? Detrás de esta sencilla pregunta se esconde un impulso artístico profundamente crítico y autorreflexivo. Dicho de otro modo, subyace la esencia más genuina y propiamente humana: preguntarnos sobre la creatividad que transforma el mundo y, con él, de vuelta, a sí misma. Efectivamente, un pincel es tecnología, aunque sea *lo-fi*. Sin duda, es el resultado de aplicar conocimientos, habilidades, sistemas o métodos para resolver problemas y satisfacer necesidades e inquietudes, como son también las simbólicas y plásticas. Porque todo artista crea mundos con los materiales del mundo mismo, mediando y siendo mediado tecnológicamente para poder hablar lenguajes ocultos y aflorar los significados que residen en el fondo representacional. Pero el rol de la tecnología, así entendida, va más allá de su mera instrumentalidad en el trabajo de Alsino Skowronnek, porque lo que nos ofrece es un rico campo semántico con el que abrazar la incertidumbre y el cuestionamiento de la construcción tecnocrática de nuestra propia memoria e identidad. Es decir, Skowronnek nos invita a pensar los efectos –en nosotros/as y sobre otras materialidades, lógicas y existencias más que humanas– de la construcción de un lenguaje (entendido como otra forma de tecnología) siempre compartido y negociado históricamente entre contingencias materiales, necesidades existenciales y flujos informacionales. Aquí, el verbo inicial que modifica mundos se halla en un desdibujado pasado ucrónico que se asoma como un renovado y estilizado informalismo. Un verbo que se hace notar, más allá de la superficie de la obra, interpelando las convivencias formales de corte postvándalico que –aún sin ofrecer una interpretación fácil y directa– conectan con las raíces tecnológicas de posibles futuros ancestrales.

Pero sigamos con las preguntas, aquellas que se ocultan dentro de las cajas negras o que se esconden detrás del cuadro, allí donde se encriptan los significados. ¿Es la tecnología una mera extensión física y protésica de nosotros mismos (en la línea de pensadores como Marshall McLuhan y André Leroi-Gourhan)? O quizás, ¿puede ser considerada, además, como una extensión de nuestra memoria que construye identidades y culturas (como sostiene Bernard Stiegler)? Creo que podemos convenir en que tecnología es las dos cosas, a la vez. Ciertamente, la pregunta por la técnica, como apunta Martin Heidegger, va mucho más allá de circuitos, codificaciones y pantallas, es decir, no es tan solo una pregunta sobre máquinas o instrumentos, sino sobre su reverso, en una palabra: su esencia. Pero resulta que, para el filósofo alemán, la esencia de la tecnología no es algo que pueda ser únicamente entendido como un medio neutral para conseguir un fin sino, más bien, un modo de “desocultamiento” (en griego, *aletheia*). Recordemos que, más allá del significado asociado a “fabricar” o “hacer”, la raíz etimológica *techné* también significa “revelar” o “hacer presente” la verdad de algo (*poiesis*). Y es ahí donde, en la actualidad, radica su trampa y, también, su verdadera potencia, porque,

en ese acto de desvelamiento, el mundo se pone a disposición del ser humano como un recurso material y discursivo, como un constante “fondo de existencia” (en alemán, *Bestand*), emplazando la realidad y ordenándola masivamente, a nivel planetario, para una mayor producción y control eficiente de los flujos del capital (económico, cultural y simbólico).

Volvamos ahora al pincel que maneja Skowronnek, desocultando y ordenando recursos, pero en su caso, con una clara intencionalidad de subjetivación y emancipación crítica. Se sirve para ello de una metodología híbrida, ciertamente particular. Por un lado, su sólida formación académica en economía, programación, diseño y visualización de datos, junto a su trayectoria de más de dos décadas en la cultura del graffiti, hace que pueda moverse cómodamente entre sistemas y superficies, donde fricciona el análisis formal de los sistemas simbólicos, con un fluido manejo de las herramientas algorítmicas contemporáneas. No en vano, desde 2019 ha desarrollado diferentes estrategias para integrar la IA en su trabajo, explorando las posibilidades que tiene el aprendizaje automático al entrenar modelos de generación de imágenes (que pueden aprender de las características inherentes de una base de datos como, por ejemplo, un conjunto de tags) para producir resultados formales similares y coherentes semánticamente, pero nunca idénticos (por ejemplo, *ghost tags* a partir de letras del alfabeto latino). En esta “excavación digital”, como el propio artista sugiere, su atención está puesta en la sorpresa que ofrece el desvío de la máquina –aún reconocible– para el posterior hackeo plástico de su aparente sesgo de infalibilidad y neutralidad. Es aquí donde el artista aprovecha para “comisariar” la respuesta maquínica e introducir un cálido ruido visual. Ruido que, de vuelta, nos conectaría a todos/as con ciertas bases de codificación que estarían presentes en las estructuras cerebrales específicas del lenguaje que, tal y como sostiene Noam Chomsky en su teoría del innatismo lingüístico, los humanos compartiríamos con todas las culturas. Así pues, los resultados plásticos obtenidos por Skowronnek tienden a desviarse de su misma norma autoimpuesta (inscrita en su ConScript, o constructed script) con el objetivo de, precisamente, perturbar a la máquina en su proceso de aprendizaje. Se trata de humanizar la máquina, para que falle y tartamudee en una deriva cómplice y consentida que acompaña la búsqueda de un espacio de introspección y apercepción tanto en el artista como en el espectador. Pero, para ello, es necesario que ambos tiren al mar la llave de sus respectivas codificaciones y guías de interpretación visual. Solo así pueden flotar los datos bellamente caóticos o inesperadamente poéticos, aquellos que nos recuerdan el valor contingente del azar al margen de lo no programado. Con todo ello –que no es poco– lo que el artista nos ofrece aquí es, en cierto modo, una vía de acceso al reconocimiento de un corpus con una gramática universal que compartimos humanos, no humanos y más que humanos.

Por otro lado, hay una cuestión clave que es preciso mencionar, por el profundo cambio personal que supuso en Skowronnek y que, además, impulsó su proyecto investigador junto a la profesionalización de su obra. La casualidad quiso que el reciente nacimiento de su hija coincidiera en el tiempo con el descubrimiento de la existencia de un abuelo nigeriano al que el artista nunca conoció. Esto activó un giro auto-etnográfico centrado

(1) Exploring writing systems: Construction of a minimalist & flexible script (ConScript) / Inspired by ideographic Nsibidi symbols (South East Nigeria) / Development of a personal vocabulary (puzzle pieces). *Explorando sistemas de escritura: Construcción de un sistema minimalista y flexible (ConScript) / Inspirado en los símbolos ideográficos Nsibidi (sureste de Nigeria) / Desarrollo de un vocabulario personal (piezas de rompecabezas).*

(1)

Person, I <i>Persona, Yo</i>	People, We <i>Gente, Nosotros</i>	Thing <i>Cosa</i>	Things <i>Cosas</i>	You (sg.) <i>Tú</i>
You (pl.) <i>Vosotros</i>	Yesterday, Past <i>Ayer, Pasado</i>	Today, Now <i>Hoy, Ahora</i>	Tomorrow, Future <i>Mañana, Futuro</i>	Place <i>Lugar</i>
Here <i>Aquí</i>	There <i>Allí</i>	Good, Like <i>Bueno, Gustar</i>	Bad, Dislike <i>Malo, Disgustar</i>	And <i>Y</i>
Or <i>O</i>	Question <i>Pregunta</i>	Not <i>No</i>	Play <i>Jugar</i>	Eat <i>Comer</i>
Want, Need <i>Querer, Necesitar</i>	Have, Hold <i>Tener, Sostener</i>	Do <i>Hacer</i>	Go, Move <i>Ir, Moverse</i>	Is, Are <i>Es, Son</i>

en conectar nuevas ramas y raíces del árbol familiar que, atravesando mundos y geografías, ahora se presentaba como una nueva dimensión identitaria que tensionaba la siempre compleja relación entre el ser heredado y el ser elegido, autodefinido. ¿Qué conexión existiría entre el legado cultural de su abuelo y el viaje vital iniciado con su hija? Aquí el artista menciona la idea de trabajar en “un mensaje para ella”, pero también habla de la “búsqueda de un lenguaje propio desde lo biográfico”, que le lleva a investigar escrituras antiguas como el Nsibidi, usado por la sociedad secreta Ekpe (también conocida como Egbo o Leopard Society) en el sureste de Nigeria.

El Nsibidi se compone de cientos de símbolos que pueden representar conceptos, ideas, acciones u objetos, y su significado a menudo depende del contexto en el que se usa, pudiendo ir acompañado de gestos, bailes o mascaradas, a menudo conectadas con la espiritualidad y la adivinación. Lo cierto es que una parte significativa de su sistema lingüístico, especialmente aquella relacionada con la guerra y lo sagrado, era y es aún mantenida en secreto, accesible solo para los iniciados de sociedades como Ekpe. Pero, ¿por qué hay un interés tan manifiesto en la encriptación –tan propia del graffiti– y en los lenguajes de programación –constructed scripts y modelos de AI personalizados– en Skowronnek? ¿No existe aquí una clara conexión con los sentimientos estratificados de su historia personal? ¿Acaso no conecta la exploración del significado mismo, que hay en toda su obra, con la capacidad ritual que tiene el Nsibidi de explicar enseñanzas y lecciones de vida?

Evidentemente, no somos amos de la tecnología ni del lenguaje. En realidad, también estamos siendo conformados por su lógica. Como mucho, podemos decir que somos siempre iniciados, eternos practicantes y aprendices. Por eso Heidegger sostiene que la esencia misma de la tecnología es el emplazamiento (*Gestell*), entendido como un desocultamiento que desafía y demanda que la naturaleza –y todo ser– se convierta en reserva, lista para ser procesada, ordenada y explotada sin fin. Otros pensadores, como Jacques Ellul y Lewis Mumford, también señalarán el peligro de que la omnipresencia tecnológica se convierta en un fin en sí misma, moldeando la sociedad y los valores humanos sobre la lógica de la hiperproductividad y la eficiencia al servicio de una “megamáquina” (sistemas organizacionales y tecnológicos coercitivos) con tendencias crípticas y deshumanizantes. Pero no toda la tecnología es mala por sí misma, no es siempre colonizadora ni depredadora, ni tampoco es siempre deudora del derecho superior de la “Idea” contra la naturaleza. Esta es una de las principales objeciones del filósofo chino Yuk Hui a Heidegger (y a gran parte de la filosofía occidental de la tecnología) cuando critica su universalismo implícito, que tiende a presentar la tecnología como un destino inevitable y global que subsume todas las demás formas y variaciones históricas no occidentales. Para Hui la tecnología no es un fenómeno neutral y universal, sino que siempre está incrustada en una determinada cosmología (un sistema de creencias sobre

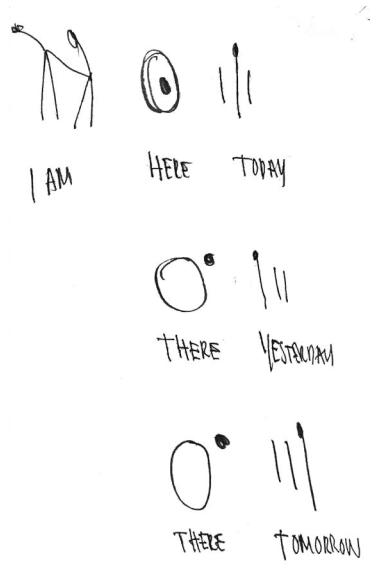
el universo, la naturaleza, los humanos y su lugar en el mundo) y en un orden moral.

Es decir, no hay único camino tecnológico dominado por el *Gestell* occidental, sino múltiples caminos tecnológicos arraigados en diferentes cosmovisiones que nos invitan a re-apropiarnos de la tecnología, sin negarla, sino desarrollándola en diálogo con otras tradiciones cosmológicas más armónicas y menos extractivas. Esto es urgente, sobre todo en un contexto donde un desafío total, como el *Gestell* (la explotación ilimitada de recursos), se ha vuelto insostenible.

Un ejemplo intuitivo y centrado en la necesidad de cultivar la pluralidad de desocultamientos a través de la tecnodiversidad lo tenemos aquí, cuando Skowronnek confronta el lenguaje binario de la máquina con el raspado de pigmentos impregnados en un manojo de filamentos desde el extremo de un palo (pincel). Con ello, no está buscando la representación fiel de ninguna caligrafía concreta ni de un bonito paisaje reconocible por los ojos humanos. Está buscando una “llave” ritual (no la que abriría la caja negra tecnológica) que armonice con sus ancestros cosmotécnicos, como una estrategia consciente para poder enviar un mensaje no distópico al futuro. Al respecto, Hui nos habla de que, en la caligrafía china, por ejemplo, el pincel no es solo un instrumento para trazar letras y montañas, sino que su uso está impregnado de un flujo que busca la armonía (el Dao), como la expresión del equilibrio de la energía vital (qi). El pincel, en este contexto, no está “emplazando” el lienzo o el pigmento como un recurso, sino que participa en un acto de revelación armónica.

La bella paradoja del trabajo de Skowronnek es que para “revelar” o “traer a la luz” la inmanencia de nuestro tiempo hipertecnificado, con tantos y acelerados procesos delegados a las agencias artificiales, su estrategia es parar, poner el ordenador en reposo, hojear álbumes familiares, respirar y dar espacio al tiempo lento de la pintura. Es ella la encargada de “desocultar” el rápido proceso de mediación tecnológica *hi-fi*, rebatiendo su inmediatez al buscar patrones probabilísticos que diluyen los matices culturales y autobiográficos, aquellos que son vitales para la riqueza de un lenguaje artístico maduro. Ella, la pintura, es sin duda un espacio amable para romper el estilo genérico que nos impone la IA, “desvelando” con ello la creatividad radical que se oculta en toda bella imperfección.

(2)



(2) Developing a personal vocabulary that combines words, symbols, and meanings.
Desarrollando un vocabulario personal que combina palabras, símbolos y significados.

